

## DOS LIBROS HERMOSOS

PRADERAS SOLEADAS, de *Andrés  
H. Lerena Acevedo.*

LAS LENGUAS DE DIAMANTE, de  
*Juana Ibarbourou.*

He aquí dos libros, dos libros de versos que son versos, escritos por dos hermosos talentos. Son versos inspirados, evocadores, *que quedarán*. El numen que los engendró merece respeto. Leyendo *Praderas soleadas*, de Lerena Acevedo, o *Las lenguas de diamante*, de Juana Ibarbourou, cualquiera, hasta el más lego, experimenta una profunda sensación y recoge un íntimo y secreto deleite. Evidentemente, estamos frente a un poeta y a una poetisa que merecen algo más que un fugitivo comentario.

Da gusto poder estampar tales frases sin circunloquios, sin reticencias, sin disimuladas reservas mentales. Todos los días, los que para el público escribimos, tenemos que cometer alguna breve apostasía, disfrazar una menguada mentira o acceder a ineludible solicitud. O tenemos, si somos fundamentalmente sinceros, que callarnos la boca y afirmar luego, con violencia de la verdad, que no hemos recibido el libro que se nos ha enviado con encomiástica dedicatoria. Muchos lucran de este silencio o de aquella longanimidad. Las nueve décimas partes de los poetas y prosadores que andan por ahí contoneándose con las plumas de pavo real que les han prestado periodistas amigos, o que se regodean cabe una mesa de café repitiendo a sus contertulios que nadie se ha ocupado de «su obra» porque en nuestro medio literario hay mucha envidia y mucha maldad,—muchos de es-

tos «poseurs» y mistificadores, viven aún por la sola debilidad de los que ejercen de críticos. Más valiera, en verdad, matarlos de un garrotazo a la vuelta de la primer esquina.

Con Andrés H. Lerena Acevedo, el primero de los autores que hoy nos ocupa, puede agotarse el ditirambo sin temor de pasar por paniaguado. De su libro *Praderas soleadas* puede afirmarse que es uno de los más bellos volúmenes de versos que en estos últimos tiempos se han escrito en nuestro país sin exponerse a un desmentido. Da gusto, lo repito, poder decir, así, libremente, estas cosas, porque los que no respondemos a circuillos de café ni nos esclavizamos con recomendaciones sociales, siempre experimentamos un hondísimo placer en descubrir un poeta y en celebrar una obra de arte profunda y sentida.

*Praderas soleadas* es un tomo de versos que no alcanza a las cien páginas y que encierra, sin embargo, más poesía que otros volúmenes de trescientas o quinientas páginas. Concebido con un sentimiento honestísimo de la naturaleza y realizado con una conciencia artística de que sólo pueden dar muestra los escogidos, a todos se impone, desde la primer lectura, por su gracia, su frescura, su inspiración y su vitalidad.

No es un libro torturado, delicuescente, lleno de metopas y orquestaciones funambulescas. No es un libro de rosas rojas, de trianones y versalles, de marquesas pintadas y abates enamoradizos. No refulgen sus páginas con nácares y primores de mosaicista. La frase no se disloca en macabras contorsiones para sugerir ideas-madres, imágenes de ensueño, comparaciones hiperbólicas que nadie comprende—ni el mismo poeta que las zurce e hilvana. Es un libro sencillo como una pastoral del siglo XVI, puro como un chorro de agua cristalina, ingenuo como la confesión de un niño. Abierto de par en par sobre la Naturaleza y la Vida, repite sencillamente, honradamente, lo que un hombre de talento descubre en la Vida y en la Naturaleza: verdad, ante todo; despues, dolor o felicidad, según sea el capricho del Destino.

Ved el escenario: es una aldea perdida en un rincón cualquiera del mundo, con su caserío minúsculo y paupérrimo; con su vieja iglesia asoleada donde un descascarado campanario arroja sobre la paz de los campos la conocida voz de su lengua de bronce; con sus vegas y altozanos rurales donde la avena y el trigo empenachan primores, y el molino remueve sus aspas, y la fontana se sombrea de pomas, y en las hondonadas se nievan las majadas, y sobre horizontes hialinos se incrustan hoces y guadañas o resbalan teorías de golondrinas y gorriones. Y ved los personajes: es un pastor que tragina en los pajares, una moza que sueña al borde de una noria, una boyeriza, un añacal: todas almas blancas y puras, corazones ingenuos y sanos, pensamientos que viven la hora sin la inquietud del mañana ni el remordimiento del ayer.

Un gran soplo de verdad discurre por estas páginas que viven una vida rusticana, que huelen a heno, que gorgotean como el agua en el azarbe, que centellean al sol.

¿Recordáis aquello de Azorín, que « lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza »? — Un novelista, un poeta—del propio modo que un pintor y un músico—pueden ofrecernos una sensación intensa de las cosas; pero, sólo el que ha vivido en íntimo contacto con su esencia, sólo el que las ha visto en ese « único instante » en que « irradian su espíritu », pueden expresar lo que el autor de *Los Pueblos* llama « la emoción del paisaje ». Yo creo, sinceramente, en esta alma. Yo la he descubierto no en las páginas épicas de Hugo, no en las deslumbradoras de Chateaubriand, no en las preciosistas de D'Annunzio; sino en las humildes del propio Azorín, en las veristas de *El pueblo gris* de Rusiñol y en casi todos los libros del incomparable Pereda, en *Escenas montañosas*, en *Peñas Arriba*, en *Tipos y paisajes*, en *El sabor de la tierruca*. En la pintura, particularmente en la española, advertiréis igual cosa: Terruella, Matilla, Navarro, Pallarés, García y Rodríguez os habrán encandilado con sus paisajes frescos y policromos; pero, se-

guramente, no habréis recogido ante ninguna de sus telas la sensación de verdad, (la impresión de que os halláis ante « algo » que dialoga con vuestra alma), que os procuran las telas de Zubiaurre, de Mir, de Urgell, de Ivo Pascual. Es que todas las cosas de la naturaleza y todos los gestos del hombre tienen, durante el curso total del día, un único y brevísimo momento en que se entreabren y nos muestran su propia alma. Y advirtiéndolo, justamente, que sería inútil visitarlas y contemplarlas a otra distinta hora, es que nos dice el donoso y admirable autor de *La ruta de don Quijote*: « En estos momentos precisos, todos los detalles, todos los elementos de la belleza—la luz, el color, el aire, los ruidos, las líneas—forman una síntesis suprema, algo como una armonía inefable, desconocida, que adquiere su máximum en un punto y que poco a poco va disipándose, fundiéndose en el ambiente vulgar del resto del tiempo, que hace que desaparezca el color propio del muro vetusto, y la penumbra de la estancia abandonada, y la claridad crepuscular que bañó una sauceda junto a un estanque, y los sonos extraños de un piano que parten, a media noche, de una ventana iluminada ».

Hay algo, pues, en este género particular de la poesía lírica que tiene por tema la naturaleza, algo esencial, profundamente característico, que nos advierte, desde luego, que la denominada « poesía bucólica » de los viejos retóricos ha padecido una seria evolución. Nada tiene que ver, en efecto, esta pintura de la naturaleza con el amor, real o fingido, que por ella experimentaron los maestros clásicos. Teócrito y Virgilio, los grandes creadores, y luego sus discípulos y rivales, Garcilaso y Meléndez, Francisco de la Torre y Juan de Morales, Sannazaro y Guarini, Racan y Segrais, son, antes que nada, « descriptivos »; en tanto que los escritores modernos, que podrían llamarse bucólicos, como Ramón Pérez de Ayala en *La Paz del sendero*, como Gregorio Martínez Sierra en *La casa de la primavera*—o como nuestro Herrera y Reissig en los « Extasis de la Montaña » (*Los peregrinos de piedra*) y en los « Sonetos Vascos » (*El teatro de*

los humildes)—son, esencialmente, « psicólogos », quiero decir, que ahondan en el alma del paisaje para desentrañar su espíritu, su calidad, su característica formal, y poder así comunicarnos su emoción.

Esta es, también, la modalidad del poeta que ha escrito *Praderas soleadas*. Yo he querido señalar, particularmente, ese distingo, porque su estilo propio, su alocución rancieramente castellana, sus giros y hasta sus vocablos, podrían hacer creer a muchos que es un mero imitador de aquellos poetas bucólicos que ilustraron los primeros siglos de la lírica castellana. Tiene, en efecto, el señor Lerena Acevedo una manera particular de construir la oración poética, que la impregna toda ella de verdadero españolismo; tiene, además de esto, una preferente inclinación por el alejandrino de Berceo o endechas dobles; y tiene, a mayor abundamiento todavía, un calculado rebusque de vocablos que no osaría yo en motejar de arcaísmos, pero que en nuestro medio lexicográfico, un tanto mezquino, lo parecen: ved, en prueba de esto que dicho queda, como emplea la voz « albada », regional de Aragón, por « albo »; como dice « zahareño » por « irreductible »; como escribe « regajo » por « charco »; como emplea « aguijada » por « ahijada »; « astroso » por « sucio »; « cenceño » por « enjuto »; y como se place, en fin, en llamar « hontanares », al sitio donde se estancan los manantiales, « albogue », al cuerno o instrumento pastoril, « alcor, » a la colina o collado, « garzul », al trigo, « estol », al acompañamiento o comitiva, y como emplea con soltura y sin reatos las voces « cansino », « paniega », « altozano », « zurrir », « cantiga », « cencidos », « viales », « trascienden », etc.

Cierto que palabras y giros dan color y tono a la composición,—que por algo el eximio poeta de *Les Trophées* se cuidaba tanto de la ortografía de los nombres propios, griegos o latinos, para burilar con rasgos exóticos más profundos sus estupendos versos,—pero erraríamos de medio a medio si en el caso particular del autor de *Praderas soleadas* juzgáramos que ese es todo el secreto de su poesía. No hay duda que el

señor Lerena Acevedo, con muy encomiable escogitación, admira a los escritores españoles y está empapado en sus artes y modalidades; mas, lo que da sello a sus poesías no es ese uso de vocablos desusados ni su aparente incursión en los vergeles de los bucólicos clásicos. Ya lo he dicho antes y ahora lo repito: lo que aquilata el mérito de *Praderas soleadas* es su « emoción del paisaje », su « sentimiento íntimo » de las cosas.

Ved la poesía rotulada « Las pueblerinas », en mi sentir el más bello, el más profundo y el más sentido poemita de todo el volumen. La quietud y la monotonía de esos puebluchos extraviados en cualquier rincón de la tierra,—aquí, allá, no se sabe dónde— está dicha en pocos versos descriptivos, someros, pero bien gráficos. Todos vemos la vieja plaza, flanqueada por casonas silenciosas, por muros sobre los cuales se vierten juncias y glicinas, y por portales sombríos y húmedos. Hay una iglesia claudicante que llama a los devotos con una campana triste y familiar. Las calles, desiertas, se escandalizan si rueda un carro desvencijado o trota suelto el jamelgo de un vecino. Frente a la única botica, que por la noche pone en la calle la quimérica luz roja de un globo iluminado, dos o tres sillas congregan a los viejos más caracterizados del pueblo. Allí, hasta los perros son tristes porque han olvidado de ladrar. Y allí, tras de los vidrios de sus pobres ventanas, las pueblerinas asoman sus rostros opacos, sus rostros pálidos y ojerosos, un día y otro día, y un año y muchos años, soñando... esperando...

*Tocados por el tedio de sus casas frugales  
se afinan, lentamente, sus rostros matinales.  
El brillo virginal de sus ojos trigueños  
se aviva en el silencio casto de los ensueños  
que exacerban la fiebre núbil de sus ojeras.*

Y la descripción, a la manera del idilio clásico, continúa, particularizando los detalles:

*Cuando en la tarde muerta se alza la luna llena  
y la iglesia materna convoca a la novena  
diluyendo en el aire sus sonos provinciales,  
ellas cruzan, beatas, los devotos umbrales;  
y, quietas se consumen—ideando desposorios—  
como el velón que alumbra los viejos oratorios.  
Después, arrebuajadas salen de los portales,  
y, aromando de tréboles las aceras rurales,  
se funden en la sombra de las casas vecinas.*

Pero, he aquí la nota particular, el estigma característico que transforma toda la descripción, que le da un alma, que la singulariza, que la hace inolvidable, que da en cada detalle una emoción,—la emoción propia del momento, la emoción inolvidable después para el que la ha experimentado:

*Un día alegre de luz, de cantos navideños,  
entornan para siempre los ojos lugareños.  
Un ruar somnoliento de coches desusados  
sonando en los mesones y en los patios soleados  
despertará el quietismo familiar de los huertos.  
Y habrá en la tarde, luego... unos vidrios desiertos,  
y, detrás, el azul de las casas aldeanas...  
Y, sólo el leve sándalo de unas manos lejanas  
aún zahumará de ensueños las calles campesinas.*

*¡ Pueblerinas románticas, cándidas pueblerinas !*

Pues este mismo sentimiento, esta misma personalidad de los detalles, esta emoción de la naturaleza, las hallará el lector en las otras composiciones del libro que llevan por título « Lejos del poblado », « Balada silvestre », « Canta el campanario », « Cuando las estrellas palidecen », « Caminos », « La jornada triste », « El reloj de sol », « Horas hay para entristecernos », « El romance de los pueblos »—y creo que he citado más de la mitad del libro. ¿ Qué mejor elogio hacer de él ?

Esperemos, pues, confiados el nuevo torneo de este novel poeta. Yo os profetizo que será un poeta que honrará las letras uruguayas.

\* \* \*

Y ahora, he aquí la nueva poetisa. Se llama Juana de Ibarbourou. En su reciente libro, *Las lenguas de diamante*, encuentro esta composición, intitulada «Vida-Garfio», que voy a reproducir aquí íntegramente, porque cosas tan hermosas merecerían no una sino mil reproducciones:

*Amante: no me lleves si muero al camposanto.  
A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente.  
Alboroto divino de alguna pajarera  
O junto a la encantada charla de alguna fuente.*

*A flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra  
Donde el sol me caliente los huesos, y mis ojos  
Alargados en tallos suban a ver de nuevo  
La lámpara salvaje de los ocasos rojos.*

*A flor de tierra, amante. Que el tránsito así sea  
Más breve. Yo presiento  
La lucha de mi carne por volver hacia arriba,  
Por sentir en sus átomos la frescura del viento.*

*Yo sé que acaso nunca allá abajo mis manos  
Podrán estarse quietas.  
Que siempre como topos arañarán la tierra  
En medio de las sombras estrujadas y prietas.*

*Arrójame semillas. Yo quiero que se enraicen  
En la greda amarilla de mis huesos menguados.  
¡ Por la parda escalera de las raíces vivas  
Yo subiré a mirarte en los lirios morados !*





Y bien; yo os digo que quien concibe un pensamiento tan bello como lo es ese y sabe expresarlo, dentro del molde del verso, con tanta justeza y donosura, es, pura y sencillamente un admirable poeta,—un poeta que para merecer la consagración no necesitaría escribir una sola estrofa más.

De composiciones así, fuertes, subyugantes, está repleto el libro de la señora Ibarbourou. Habría que citar todas las que integran la última parte del volumen, bajo el común título de « La Clara Cisterna ». En « Matinal », por ejemplo, se loa al Sol de un modo original y humano, asociando a su acariciadora lumbre el recuerdo del amante dormido. En « La buena criatura », se canta a la Hermana Agua, no con el panteísmo adorable de Amado Nervo, pero sí con un sentimiento más tierno, pues que el recuerdo del amado herido se asocia también a su consoladora frescura. En « Salvaje », vibra un grito de alegría por la gloria de vivir, que casi convierte en una faunesa a la inspirada poetisa. En « Camino de la cita », hay un nuevo contento, que es la exaltación de la idea de amor y el triunfo de la propia belleza. En « Vida aldeana », es aún una ensoñación de dicha, un anhelo de renovar un muerto idilio sobre la paz de los campos, bajo el claror de los astros. En « La Caricia », ante el roce fugitivo de una rosa, se estremece la sensualidad de un beso. En « Panteísmo », en fin, resurge aquella sugestión de la « Vida Garfio », y la inspirada presiente que allí, sobre la tierra, donde posó su cuerpo amoroso, ha de brotar quién sabe qué estupenda simiente,

*Futuro pebetero que esparcerá a los vientos  
En las noches de estío, claras y rumorosas,  
El calor de mi carne hecho aroma de rosas,  
Fragancia de azucenas y olor de pensamientos.*

Pero hay, además de esta fuerza y vitalidad, y de esta sutil compenetración con la naturaleza que da un sello propio y personalísimo a las composiciones finales de *Las lenguas*

*de diamante*,—algo más en los versos de la señora Juana de Ibarbourou, algo que ya ha señalado su prologuista el ilustre escritor argentino Manuel Gálvez, y que por fuerza ha de tomarse en cuenta por cuantos acierten a examinar este género de poesía. Ese algo, es un ansia irrefrenable de amor, pero de un amor pagano, ardiente y sereno a la vez: un amor casi físico, lleno de estremecimientos y deseos, si bien velado castamente por el cendal que llevaban las vírgenes alejandrinas cuando iban al templo de Astarté. No hallaremos, por tal modo, en *Las lenguas de diamante* los gritos incontenibles de pasión que atraviesan con espasmos de fiebre ciertas páginas de *El libro blanco* y otras más numerosas de *Los cálices vacíos*, de Delmira Agustini. En medio de sus delirios,—aún en los transportes de amor más arrebatado,—Juana de Ibarbourou parece erguirse como una estatua; y de las estatuas tiene la altivez y castidad. En tal sentido, pues, Delmira Agustini, la admirable precursora, aparece más sensual de temperamento y más audaz de expresión. Pero, con todo, quedan aún elementos en *Las lenguas de diamante* para advertir ese amor pagano de que hablábamos: la poetisa nos habla con orgullo de su cuerpo moreno, que ofrenda al amado como en una especie de holocausto. Sabe, también, de la soberanía inmortal del beso, y lo anhela sobre sus labios, no como la mariposa azul, irreal, de los antiguos románticos, sino vivo, quemante, todo desnudo de divino impudor:

*¡ Oh, deja que la rosa desnuda de mi boca  
Se te oprima a los labios !*

Sabe, también, de las fiebres del deseo, de los aterciopelados contactos, de los perfumes que enervan, del mal contenido anhelo de ser desceñida, como en las estrofas admirables de « La Cita ». Y, como una verdadera pagana en fin, que ha aprendido de los Dioses que el Amor tiene una hora única y sin retorno, se ofrece al amado en aquellos estupen-

dos dísticos de «La Hora»,—litúrgica letanía del deseo,— que quiero también reproducir aquí íntegramente, porque su mutilación sería un sacrilegio:

*Tómame ahora que aún es temprano  
Y que llevo dalias nuevas en la mano.*

*Tómame ahora que aún es sombría  
Esta taciturna cabellera mía.*

*Ahora, que tengo la carne olorosa,  
Y los ojos limpios y la piel de rosa.*

*Ahora, que calza mi planta ligera  
La sandalia viva de la primavera.*

*Ahora que en mis labios repica la risa  
Como una campana sacudida a prisa.*

*Después... ¡ ah, yo sé  
Que ya nada de eso más tarde tendré !*

*Que entonces inútil será tu deseo  
Como ofrenda puesta sobre un mausoleo.*

*¡ Tómame ahora que aún es temprano  
Y que tengo rica de nardos la mano !*

*Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca  
Y se vuelva mustia la corola fresca.*

*Hoy, y no mañana. Oh amante, ¿ no ves  
Que la enredadera crecerá ciprés ?*

Comparando, justamente, este sensualismo poético de la autora de *Las lenguas de diamante* con el que bulle y se vierte de *Los cálices vacíos*, de Delmira Agustini, el escritor ar-

gentino antes citado, llega a estas conclusiones, que me parecen incontrovertibles: « Juana de Ibarbourou no revela por ahora ni inquietudes, ni tristeza, ni sufrimiento. En sus versos el amor es sano, fuerte, juvenil, intrépido, natural. Se ama en este libro con pasión y alegría, y, excepcionalmente, con cierta gravedad como de rito religioso. A veces asoma en ciertas páginas un poco de dolor o de pesimismo, pero hay tanta juventud y tanto entusiasmo en las restantes y aún en aquellas mismas, que, en el conjunto, pasa inadvertida la intención. La amada de este libro habla con ingenuo y casto impudor—si es posible unir estas dos palabras—de su cuerpo moreno, de caricias ardientes, de deseos. Pero no contiene el volumen, sin embargo, verdadero sensualismo. Felizmente, carece de impureza, y la voluptuosidad es en él escasa ».

Esta diferenciación entre el sensualismo pagano y la voluptuosidad real de una y otra poetisa, puede, por lo demás, advertirla cualquiera comparando « El intruso », « Visión », « Otra estirpe », « En silencio », etc., de la Agustini, con « La Cita », « La hora », « Toilette suprema » y « Te doy mi alma », de la señora Ibarbourou. En la primera, existe innato el divino impudor que animó el gesto de Friné cuando, entreabriendo su manto ante los jueces, se glorió con el triunfo de su cuerpo. Delmira Agustini ardía con las fiebres del *Cantar de los Cantares* cuando sentía al Amor « tocar su cerradura ». Sus acentos, de heroica impavidez, eran como los de un Salomón femenino, y así fué cómo cantó las ansias del sexo sin un sonrojo, antes bien con toda la fe de un ritual. En la señora Ibarbourou, el Amor del Amado ha hecho florecer todos los lirios de la ilusión y todas las rosas del placer; pero al cantar sus ansias, sus deliquios, sus imaginaciones, una niebla de espiritualidad envuelve su lira y hay entonces en su impudor « la castidad » de que nos habla el autor de *El solar de la raza*. Oídla cómo expresa, ante la proximidad del amado, la turbación amorosa de las caricias que excitan el deseo:

*Por los ojos la rosa me pasaste  
Y yo sentí la sensación de un beso.*

Escuchadla cuando concurre a la cita, toda perfumada bajo su « manto esquivo », pronta para el holocausto voluntario:

*Y en mi boca pálida florece ya el trémulo  
Clavel de mi beso que aguarda tu boca.,  
Ya mis manos largas se enrosca el deseo  
Como una invisible serpentina loca.  
¡ Descíñeme amante !*

Y vedla ante el altar de Eros, en la entrega total;—pero advertid cómo la poetisa nos habla de « su alma », cual si quisiera encender dentro del mármol de la estatua viva el fanal de la espiritualidad inviolable:

*Te doy mi alma desnuda,  
Como estatua a la cual ningún cendal escuda.*

*Desnuda con el puro impudor  
De un fruto, de una estrella o una flor;*

*De todas esas cosas que tienen la infinita  
Serenidad de Eva antes de ser maldita.*

*De todas esas cosas,  
Frutos, astros y rosas,*

*Que no sienten vergüenza del sexo sin celajes  
Y a quienes nadie osara fabricarles ropajes.*

*¡ Sin velos, como el cuerpo de una diosa serena  
Que tuviera una intensa blancura de azucena !*

*¡ Desnuda, y toda abierta de par en par  
Por el ansia de amar !*

Ahora, antes de terminar estas breves apuntaciones, debo decir dos palabras aún sobre la retórica de nuestra poetisa. Juana de Ibarbourou construye sus versos con toda simplicidad, sin rebuscamiento de adjetivos, sin la preocupación de la « rima rica », sin exotismos de dicción ni rebuscamientos de imágenes. Y a pesar de todo ello, logra hacer poesía. Esto viene a demostrar una vez más que cuando se siente con sinceridad y se sabe expresar lo que ha de decirse con talento y soltura, siempre se hace obra de arte. Aquí podría llenar yo varias páginas si me pusiera a reproducir las múltiples bellezas que anidan en *Las lenguas de diamante*. Para dar al lector una idea, no más, de esta retórica, recordaré solamente la composición titulada « Rebelde », que es una verdadera maravilla:

*Caronte: yo seré un escandalo en tu barca.  
Mientras las otras sombras recen, giman o lloren,  
Y bajo tus miradas de siniestro patriarca  
Las tímidas y tristes en bajo acento oren,*

*Yo iré como una alondra cantando por el río  
Y llevaré a tu barca mi perfume salvaje,  
E irradiaré en las ondas del arroyo sombrío  
Como una azul linterna que alumbrara en el viaje.*

*Por más que tú no quieras, por más guiños siniestros  
Que me hagan tus dos ojos, en el terror maestros,  
Caronte, yo en tu barca seré como un escándalo.*

*Y extenuada de sombra, de valor y de frío,  
Cuando quieras dejarme a la orilla del río,  
Me bajarán tus brazos cual conquista de vándalo.*

¿ Puede decirse, con mayor belleza, el triunfo de la alegría y el amor sobre la tristeza y la muerte? ¿ No veis la gloriosa carne femenina, en pie sobre la curva barca, desta-

carse entre las tinieblas de la Estigia e irradiar como una linterna azul, como una visión de ensueño, burlando el horror de la materia que se disuelve? ¿Y no advertís la gracia helénica de esa mujer luminosa, de ese cuerpo pálido en su último desmayo, que arrastran los membrudos brazos del barquero fatal para abandonarla en el reino de la sombra?

En verdad os digo que quien labra semejantes joyeles, es un altísimo poeta.

\* \* \*

Así, por límpidos y serenos, estos dos grandes libros—*Praederas soleadas* y *Las lenguas de diamante*—abren como un inmenso surco de luz blanca al través de las nubes policromadas y fastuosas que amontonaron en una hora de delirio los vates cosmopolitas de toda una literatura de decadencia y similar.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

Montevideo.

---